

(02056)

Corresponsal de guerra

Susana llegaba tarde. Se había entretenido al salir del hotel y perdió el autobús que la hubiera dejado en los alrededores del estadio, por lo que en aquella ciudad desconocida para ella se vio obligada a buscar alguna combinación que la acercara lo más posible al lugar donde se iba a celebrar el partido del Rayo.

Había viajado como corresponsal de La Nueva Tribuna, el semanario que López había adquirido a un precio razonable. El empresario, fiel a su palabra, y no sin sentir por Susana algo más que interés profesional, la había designado como directora, adjunta a la presidencia del Rayo de Mospintoles. Porque la idea de López, desde un principio, fue crear un órgano de comunicación de la entidad deportiva.

Como directora del semanario, ahora volcado en la vida deportiva de Mospintoles y no en ecos de sociedad y noticias municipales, Susana se desplazaba con el equipo a fin de redactar la crónica del partido del Rayo, debutante en la segunda división, pero la directiva le había indicado con elegancia que debía permanecer alejada del hotel de concentración del equipo y gestionarse su propia estancia, que corría a cargo del periódico, naturalmente.

Debido a un congreso en la ciudad de destino las plazas hoteleras para este fin de semana no abundaban y Susana, ajena a este evento que congregaba a escritores de novelas y cuentos deportivos, encontró finalmente un alojamiento alejado del campo de fútbol, en la otra punta de la ciudad.

Estaba mediado el invierno y la luz del crepúsculo iluminaba las calles de la urbe cuando bajó del autobús. Llegaba con retraso al estadio para lo que ella acostumbraba. El partido aún no había comenzado, pero la prensa suele acceder al recinto deportivo con dos horas de antelación a fin de no verse envueltos en el ajetreo de los aficionados.

La circulación en las proximidades del campo era densa debido al partido. El transporte urbano la había dejado varias calles más abajo, y para llegar al estadio debía cruzar un descampado anejo a uno de los fondos del campo de fútbol. Durante el trayecto se había colocado el pase de prensa en la pechera del chaleco, y al bajar del autobús se colgó la cámara Reflex al cuello con el teleobjetivo ya montado. Llevaba otra cámara más pequeña en una funda y, previsoramente, otra de aficionado en un bolsillo interior.

La mayor parte del público ya había accedido al recinto y desde el descampado se percibía claramente el ambiente festivo que reinaba en los graderíos. Miró desde la distancia el nuevo coliseo de hormigón y una vez más se entusiasmó con el fulgor de los focos que se veía por encima de las gradas. Caminaba a media carrera sin reparar en lo que había a su alrededor.

No se apercibió de aquel grupito de hinchas locales. De haber reparado en ellos a buen seguro los hubiera evitado. Eran cinco ultras ataviados con bufandas y cachuchas con los colores del rival de hoy del Rayo, gamberros y malhechores que tratan de pasar por aficionados al deporte cuando lo suyo es armar bronca lo mismo en un concierto que en una primera comunión.

Cuando pasó a su lado uno de ellos la agarró por un brazo:

—¿A dónde vas con tanta prisa, morena?

Susana trató de zafarse del agarrón haciendo un amplio movimiento con el brazo:

—Adonde no te importa —respondió antes de advertir que el grupo sólo buscaba que les provocaran.

El tipo, con el cráneo pelado al cero salvo una lengua de pelo ralo en el centro, cerró su presa y se quedó agarrando la manga de la camisa de Susana. Dos de aquellos indeseables le cerraron el paso por delante.

—Uyuyuyuyuy, mira lo que tenemos aquí... Una negrita feroz y sin educación que viene a mi país a tratarme con desprecio.

En ese momento Susana fue consciente del peligro que corría:

—Lo siento. Por favor, tengo prisa. Soy reportera... —comenzó a decir, dándose cuenta de que si la encasillaban como seguidora del Rayo la cosa no haría más que empeorar.

Uno de los ultras, que había permanecido recostado en el respaldo de un banco que había en aquel descampado junto al estadio, se le acercó y cogió entre sus dedos la credencial de prensa. Luego deslizó la mano hacia abajo y acabó acariciando un pecho de Susana por encima del chaleco:

—Mira, la muy zorra es periodista. Sácate una foto comiéndome la polla, puta.

—Por favor, no quiero problemas...

—Eres negra y te apellidas mierda —le espetó agriamente el ultra, y no acabó de decir esto cuando le cruzó la cara a Susana de un tremendo bofetón.

Susana, que no esperaba el ataque, cayó de rodillas al suelo. La cámara osciló sujeta por la correa que tenía alrededor del cuello y antes de que la recuperara con las manos, de una patada aquel matón arrancó el teleobjetivo de su emplazamiento. Incapaz de contenerse, Susana profirió:

—Hijoputa...

No hizo falta más. Un puñetazo descendente la alcanzó a la altura de la ceja, en el arco superciliar izquierdo, que diría un comentarista de boxeo. El golpe le abrió una brecha, por la que manó sangre abundante, y Susana cayó sobre el costado. La cámara quedó en el suelo, todavía sujeta por la correa al cuello. Quiso incorporarse, pero de un pisotón aquel tipo aplastó la cámara,

destrozándola, y Susana sintió un jalón del cuello que la ocasionó un abrasamiento propiciado por la correa de cuero, tumbándola nuevamente.

Entonces aquel valentón se arrodilló y le metió la mano por la entrepierna, y desde atrás, cerca de la nalga, deslizó los dedos sobando el sexo de Susana por encima del pantalón vaquero.

En aquel momento, sin saber de dónde salió, un hombre no muy alto, con bigote, atacó al agresor descargando en su cabeza un toletazo con un objeto metálico. El ultra se desplomó semiinconsciente y su sangre pronto empapó la tierra. La barra, que no era otra cosa que la manivela de un gato de los utilizados para cambiar la rueda del coche, al impactar contra la cabeza del agresor ganó un efecto de rebote, circunstancia aprovechada por Sebastián Matute para lanzar otro garrotazo en dirección a la cara del asaltante que tenía más cerca. Tres dientes saltaron de aquella boca, dando también con este ultra en el suelo.

La barra metálica sufrió un nuevo efecto de rebote, menos intenso que el anterior, y Matute, dando un paso al frente se encaró con el que tenía más cerca levantando el brazo para descargar otro golpe en dirección a aquella tercera cabeza, pero aquel chulo, viendo venir el mazazo, se cubrió el rostro, momento que Sebas aprovechó para, flexionando las rodillas, bajar el brazo y atizarle ferozmente en la rodilla que tenía adelantada. Este otro ultra cayó al suelo también, presa de unos alaridos que hubieran sobrecogido a cualquiera de no ser por las circunstancias que se estaban dando.

Matute en aquel instante se desfondó, y sin poder tomar aliento supo que a partir de ese momento iba a recibir una soberana paliza. Pero los dos valientes que quedaban en pie, viendo la destreza con que se había desenvuelto Sebas, que nunca supo muy bien qué y cómo lo hizo, echaron a correr: —¡Vamos!, al coche, a por el fusco. Este hijoputa sabe kungfú.

Sebastián Matute pensó entonces en la chica que había visto golpear. Se volvió hacia ella para tratar de ayudarla, pero la muchacha, que trataba de recoger los restos de la cámara, le apremió: —Corra, señor, corra. Han ido a buscar una pistola.

Sebas no entendió lo que Susana le quería decir; todavía sin aire como estaba, el oxígeno no alimentaba bien sus neuronas. Viendo que los ultras se daban a la fuga creyó que huían de allí, por lo que no supo reaccionar ante la advertencia de la joven.

Cuando Susana se puso en pie, Sebas miró a los tres que había derribado: estarían fuera de combate por unos minutos. Luego miró en la dirección por donde habían huido los ultras, y cuando los vio aparecer de nuevo fue cuando

tuvo conciencia del peligro que corría. Agarró fuertemente la manivela del gato e inspirando profundamente esperó en pie a que se acercaran:
—Vete a buscar ayuda, muchacha.

Los dos ultras volvían al galope y uno de ellos traía algo en sus manos que trataba de manipular a la carrera. Ya estaban cerca, a tiro de piedra, cuando dos dotaciones de la Policía Nacional entraron en el descampado levantando una polvareda tras sí y cerraron el paso a ambos asaltantes por delante y por detrás.

Sebas asistía a toda aquella tragedia como enajenado. Días después, cuando hubo de relatar su heroicidad en Mospintoles, sólo atinaba a decir: “no sé lo que hice, y no sé si lo volvería a hacer”.

Sendos policías bajaron de los coches patrulla y encañonaron a los malhechores. En aquel momento llegaron corriendo el Juanmi y el Chispas, dos de los mecánicos de Talleres Matute.

—¡La madre que os parió! —les recibió Sebas—. Pues mira que habéis tardado de cojones. Me iban a dejar frito esos dos cabrones.

El Chispas miraba a su alrededor y no veía más que sangre. Desde la parte baja del desnivel que formaba el descampado había visto como su jefe derribaba en un santiamén a tres tipos más grandes que él:

—Joder, jefe, si se ha *bastao* usted solito.

—Esos dos cabrones traían una pistola, cretino. Hasta aquí no he tenido miedo, pero creo que ahora me va a cambiar el color de los calcetines.

Durante la semana Sebastián Matute se había dejado persuadir por sus dos empleados para salir de la Comunidad de Madrid e ir ver jugar al Rayo de Mospintoles. El Barça de sus amores jugaba esa semana un partido de mero trámite ante un flojo rival, de tal manera que ya sería noticia que sólo ganara por la mínima. Matute había estado alardeando en el taller de que tenía que hacerle el rodaje a su flamante Mercedes —ahora que la casa alemana estaba en tratos con casa Matute, de Mospintoles City— y qué mejor oportunidad que un viajecito a ver jugar al Rayo, habían insistido sus empleados.

Habían llegado al estadio con el tiempo justo para entrar al campo. Los prolegómenos del Rayo a Matute le traían sin cuidado, y habían estado comiendo opíparamente en un afamado asador, pagando él los tres cubiertos, por supuesto. Había aparcado el coche próximo a aquel descampado, y al acercarse a una de las puertas de acceso a las tribunas Sebas decidió volver para esconder un objeto de valor en el maletero, a fin de no dejarlo a la vista.

Desde el coche había asistido al asalto padecido por Susana. Ni corto ni perezoso agarró la manivela de un gato que siempre llevaba de más (cosas de mecánicos) y se disponía a ir a poner orden cuando llegó el bofetón que dio con Susana en el suelo. Mientras se encaminaba al trote, cuesta arriba, hacia aquel

punto llamó por el móvil al Juanmi y le dijo que había sorprendido a cinco *cabezapeladas* robándole el coche y que les perseguía por el descampado. Juanmi y el Chispas partieron a la carrera en socorro de su jefe.

La salida en estampida de ambos muchachos alertó a los patrulleros de la Policía Nacional, que les dieron el alto. Aprisa y pisándose las palabras el Juanmi contó lo que su jefe le había referido, y la dotación policial decidió acercarse al descampado, avisando por radio a otra patrulla para que se llegara hasta allí, temerosos de que aquel hombre que decía defender su patrimonio se llevara la paliza de su vida.

Cuando la policía vio la escena —tres tíos en el suelo, dos de ellos revolcándose, un hombre con una barra metálica en la mano, amparando a una chica mulata, y dos ultras yendo a por ellos a la carrera— no dudaron de cómo debían actuar.

Ahora todos se ocupaban de la joven agredida, que aunque había dejado de sangrar por la ceja tenía la cara totalmente ensangrentada. Matute sacó un pañuelo y comenzó a limpiar el rostro de Susana. El Chispas resoplaba junto a su jefe tras la carrera que se había pegado cuesta arriba.

—Jefe, es usted un héroe.

—No seas pelota, Chispas.

—¡Hostias!, jefe, pero si esta chica es Susana, la que lleva La Nueva Tribuna de Mospintoles.

Sebastián Matute miró a la joven con detenimiento. Siempre había querido conocer a aquella chica de cuyas intervenciones en Radio Mospintoles no se perdía una:

—Coño, pero si es...

El codo del Juanmi se hundió en las costillas de Matute adivinando que su jefe iba a estropearlo todo con su bocaza.

—...mi reportera favorita —remedó Sebas.

—Y negra, señor Matute —concluyó Susana—. Puede usted decir lo que quiera. Me ha salvado la vida.

—No exageres, chiquilla... Además, es normal que quien sólo te conoce por tus intervenciones en radio se componga otra imagen tuya. Tu voz no tiene acento.

—Soy española, señor Matute, nacida en Madrid. Mi padre es español y mi madre cubana, y negra como la boca de un túnel. En realidad yo soy mulata...

—...Y muy guapa —Sebas la miraba con ternura—. Y ahora vas a estar muy interesante, con la cicatriz que te van a dejar los puntos.

—Estos cabrones me han reventado la cámara.

—Eso ahora no tiene importancia. Ya llega ahí la ambulancia. Sólo nos faltaba que atendieran antes a estos miserables.

—Pero es que los ha *dejao baldaos* de verdad, jefe —insistió el Chispas.

—Aquí, camilleros. La agredida es esta joven —alzó la voz Matute—. Aquí primero, por favor. Esos son los malos, cojones. ¡Oiga!, le estoy diciendo que atienda a esta joven en primer lugar. No sea usted racista.

El sanitario, oyendo esto último, reaccionó como Sebas esperaba.

—Perdone, señor. No es cuestión de raza. La joven está en pie, y estas personas presentan heridas de mayor gravedad. Estamos haciendo una primera valoración. Pero descuide que la vamos a atender a ella enseguida. Ahí llegan más compañeros en otra ambulancia.

—Gracias una vez más, señor Matute. No sé cómo le voy a agradecer lo que ha hecho por mí.

Sebas, que abrazaba muy humanitariamente a Susana, se puso tierno y girándose hacia ella le dio un más que paternal beso en la frente:

—Pues diciéndome como es que me conoces y yo a ti no...

—Vamos, Chispas, que empieza el partido —intervino el Juanmi—. No creo que el señor Matute tenga ahora cuerpo para ver al Rayo.